





COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN SEGUNDO

÷

BAGATELAS

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

Volúmenes publicados

I.—M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA.—*Oro oculto*, novela, (2.ª edición).
II.—VITAL AZA.—*Bagatelas*, versos (3.ª edición).
III.—ALFONSO PÉREZ NIEVA.—*Ágata*, novela.
IV.—NILO MARÍA FABRA.—*Presente y futuro*, nuevos cuentos.
V.—FEDERICO URRECHA.—*Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.
VI.—EMILIA PARDO BAZÁN.—*El tesoro de Gastón*, novela.
VII.—M. MORERA GALICIA.—*Poesías.*
VIII, IX y XIII.—ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.—*Cuadros de la fantasía y de la vida real.* Tres tomos.
X.—CONDE DE LAS NAVAS.—*El Procurador Yerbabuena*, novela.
XI.—NARCISO OLLER.—*El Esguña-pobres*, estudio de una pasión.
XII.—JUAN OCHOA.—*Un alma de Dios*, novela.
XIV.—JUAN MARINA.—*Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
XV.—VITAL AZA.—*Ni fu ni fa*, versos (2.ª edición).
XVI.—TRINDADE COELHO.—*Mis amores*, cuentos y baladas.
XVII.—MIGUEL RAMOS CARRIÓN.—*Zarzamora*, novela.
XVIII.—NARCISO OLLER.—*Perfiles y brochazos*, cuadros y cuentos.
XIX.—DR. THEBUSSEM.—*Futesas literarias.*
XX.—GUSTAVO MORALES.—*El indiano de Valdella*, novela.
XXI.—JUAN OCHOA.—*Los Señores de Hermida*, novela. *Crítica y cuentos.*
XXII.—M. MORERA Y GALICIA.—*De mi viña*, poesías.
XXIII.—JUAN ALCOVER.—*Meteoros*, poemas, apólogos y cuentos.
XXIV.—M. R. BLANCO-BELMONTE.—*La casa de Cárdenas*, (páginas de otras vidas).
XXV.—VITAL AZA.—*Frivolidades.*
XXVI.—JOSÉ M. RIVAS GROOT.—*Resurrección.*

VITAL AZA

—

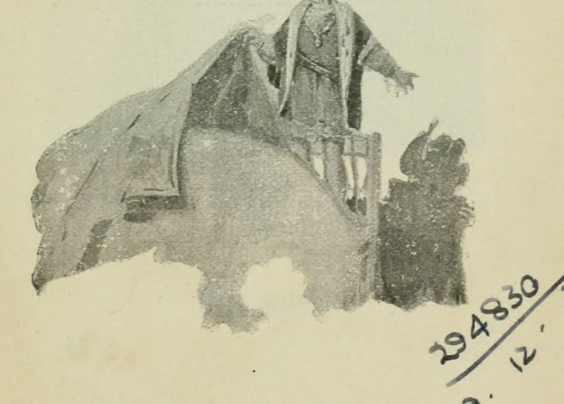
Bagatelas

Poesías

ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

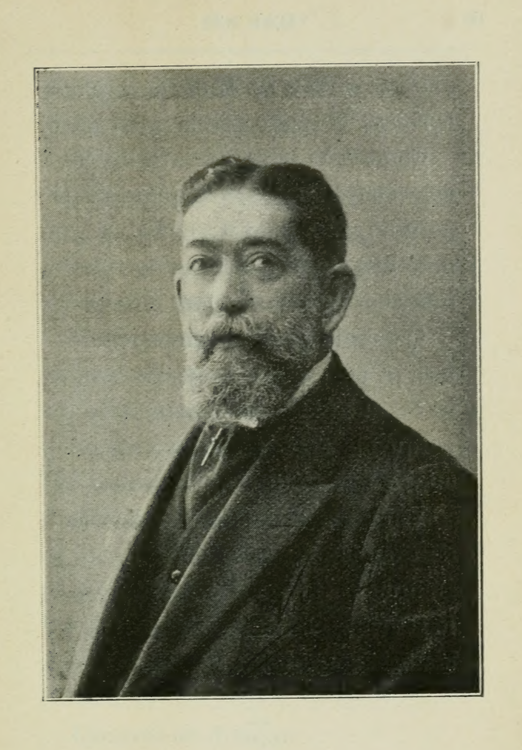
—

TERCERA EDICIÓN



BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI, Editores
CORTES, 581 — MCMXIII

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA



Ego sum

Al despuntar la mañana,
tras una noche serena,
y en fecha ya muy lejana,

nací en la Pola de Lena,
hermosa villa asturiana.
Como nací no lo sé;
no recuerdo la postura,
porque yo no me fijé;
pero hay gente que asegura
que yo he nacido de pie.
Quizás la gente no acierte;
mas ni me quejo, ni soy
de los que piden la muerte,
porque, la verdad, estoy
muy contento con mi suerte.
Y pues me mandan que escriba
mi semblanza, en confianza,
aunque el rubor me cohiba,
hagamos en la semblanza
historia retrospectiva.

—

Inocente criatura
sin pizca de travesura,
pasé mi infancia en la Pola
halagándome una sola
idea: la de ser cura.
¡¡Yo cura!!... Estuve acertado
al no cumplir mis deseos,
pues con lo que *me he estirado*

siempre me hubiera faltado
paño para los manteos.
Perdida la vocación,
dejé sermones y pláticas;
tiré el *Nebrija* á un rincón,
y empecé las matemáticas
en la villa de Gijón.
Como era buen dibujante,
obtuve, siendo un chiquillo,
mi plaza de delineante
y fuí después ayudante
del ingeniero Castillo.
Casi á palmos estudié
el ferrocarril de Oviedo,
¡y jamás olvidaré
los diez meses que pasé
sobre el túnel de Robledo!...

. . . .

Cansado de dibujar
y de tanto *cubicar*
en el campo y la oficina,
vine á Madrid á estudiar,
¿qué diréis? Pues... ¡Medicina!
Seguí mi nueva carrera
con decisión verdadera.
¡Hoy soy todo un Licenciado,
y juro que no he matado

un solo enfermo siquiera!
A *San Carlos* asistía
de ardor y entusiasmo lleno,
y aunque el tiempo compartía
entre Galeno y Talía,
venció Talía á Galeno.
Mi amigo Ramos Carrión,
que siempre fué para mí
amigo de corazón,
me dijo:—«Quédate aquí,
y no pienses en Gijón.
¡No seas un inocente!
Con la humanidad doliente
el negocio es problemático.
Tu porvenir, francamente,
está en ser autor dramático.»
Siempre obediente y formal,
seguí el consejo leal.
Hoy vivo de lo que escribo,
y pues vivo como vivo
no debo escribir muy mal.
¡No escribo mal, no, señor!
¡Vaya si soy escritor!
Créanme ustedes á mí.
Hay *eximios* por ahí
Que escriben mucho peor.
Tengo gracia y humorismo...

Me dirán que esto es cinismo.
Lo será, no lo discuto;
pero no he ser tan bruto
que hable yo mal de mí mismo.

—

Soy de carácter jovial.
De salud estoy tal cual;
viviendo en un ten con ten.
Unas veces vamos bien
y otras veces vamos mal.
Paso mi vida cantando,
y si estoy de mal humor
—que lo estoy en vez de cuando—
me curo tarareando,
que es el remedio mejor.
De música no he de hablar.
Sobre este particular
no me atrevo á discutir.
Yo tan sólo sé sentir
la música popular.
En mi vida pude yo
entender, ni entenderé,
lo que algún genio expresó
en esas *latas* en *re*
y esos *infundios* en *do*.
Pero, en cambio, el alma mía

siente emociones extrañas
cuando oigo al caer el día
esa vaga melodía
del canto de mis montañas.

—

De mi físico, deseo
hablar, para terminar.
Hay quien dice que soy feo,
y, la verdad, no lo creo.
Creo que soy regular.
Y aunque en el retrato estoy
como soy: ¡Feo! No voy
á renegar de mi casta;
pues para mis hijos soy
hermoso, y eso me basta.
¿Que soy largo? ¡Dios lo quiso!
Y así soy hombre de viso.
Y al ser largo me hago cargo
de que en el mundo es preciso
ser como yo soy: ¡*Muy largo!*
Y por sabido se calla,
que de Trujillo á Tafalla
y de Castellón á Suances,
no hay otro autor de *más talla*,
ni otro hombre de *más alcances*.
Y bien merezco el respeto,

pues, sin pecar de indiscreto,
y sin pretensiones raras,
puedo meterme, y me meto,
en camisa de once varas.

¿Queréis discutir? ¡Locura!
No me vengáis con cuestiones,
pues gracias á mi estatura,
rayo siempre á gran altura
en todas las discusiones.

Abur, y basta de chanza.
Mi semblanza se acabó;
pues soy *largo y se me alcanza*
que ha salido mi semblanza
casi más *larga* que yo.







La intención

El cura, en la confesión,
al avaro don Senén,
le dijo:—«Para obrar bien,
basta, á veces, la intención.»
Y el hombre, que no es un zote,
sino un tuno sin conciencia,
sigue con tal obediencia
lo que dijo el sacerdote,

que exclama con alegría
y de mansedumbre lleno:
—«Yo hago intención de ser bueno
todas las horas del día.

No soy un malvado, ¡no!
Y pues la intención me basta,
nadie en limosnas se gasta
lo que estoy gastando yo.»

Y es verdad. Como le pida
limosna algún pobrecillo,
se echa la mano al bolsillo
y saca un duro en seguida.

Y luego, sin vacilar,
y casi sin enseñárselo,
hace la intención de dárselo...
¡y se lo vuelve á guardar!





Asunto nuevo

Mi amigo Pepe López,
joven simpático,
con puntos y ribetes
de autor dramático,
cifra sus ilusiones,
sus ideales,

en encontrar ideas
originales.
Y ¡es claro! ¡No parecen!
¡Pobre Pepito!
El *Nihil novum sub sole*
le tiene frito.
Por eso no se lanza,
porque aun no ha dado
con una idea que otro
no haya tratado.
Lo nuevo le seduce.
Su gusto apruebo.
Todos, como él, andamos
tras de lo nuevo.
Pero ¡ay! que, por desdicha,
nadie halla el modo
de tratar un asunto
nuevo del todo.
Mas no desesperamos
hasta ese punto...
Lo nuevo está en la forma,
no en el asunto.
Pues así que cualquiera
dice hoy en día:
—«¡Ahí va una idea virgen!»
¡Qué tontería!
Mas ¡nada! don Pepito

no se conforma.
Él quiere asuntos nuevos
con nueva forma.
Según su juicio, todos
los escritores
somos unos serviles
imitadores.
Poetas, dramaturgos
y novelistas,
todos somos plagiarios
y rapsodistas.
Y la vida se pasa
¡pobre Pepito!
renegando de todo
cuanto se ha escrito.

—

Ayer vino á mi casa;
me halló escribiendo,
y me dijo:—¿Qué te haces?
—Ya lo estás viendo.
—¿Una comedia?
—¡Justo!
—¿Cómica?
—¡Seria!
¡Como que en ella trato
de una materia

de una importancia suma
que nadie sabe!
—¡Caramba! ¿Tiene tesis?
—¡Tesis muy grave!
Es muy nuevo el asunto.
—¿Nuevo? ¡Inocente!
—Pues, sí señor, es nuevo
completamente.
—No lo creo. De fijo
que, aunque lo ignores,
tendrá reminiscencias
de otros autores.
—¡Te digo que hasta ahora
nadie ha tocado
este asunto!
—¡Me tienes
preocupado!
—¡Lo dicho!
—¿De qué tratas?
Tengo impaciencia...
—Pues trato: *de los gustos*
y su influencia.
—¿Y que eso es nuevo, dices?
—¡Y lo repito!
¡Como que sobre gustos
no hay nada escrito!...



El microscopio

Hablando del microscopio
en la mesa de un café,
exclamaba entusiasmado
el físico don Andrés:
—«¡Señores! Es increíble
de ese instrumento el poder.
Sólo en una gota de agua
pude observar una vez

¡más de un millón de infusorios
que corrían en tropel!»
Y un andaluz, que le oía
con estupor é interés,
replicó, lanzando un terno:
—¡Zoberbio chizme el de usté!
¡Zi lo piyan en mi tierra,
qué coza se van á ver!



Galicismos

CARTA Á UN AMIGO

Mi querido Nicanor:
Tu epístola recibí,
y con gran sorpresa vi
que quieres ser escritor.
Mas no es raro empeño tal.
Aquí, malos ó peores,
todos somos escritores.
aunque escribamos muy mal.

Por lo que no paso es,
Nicanor, por una cosa.
Llamas castiza á tu prosa,
y podrá serlo en francés.
¿Que el castellano conoces
como ninguno? ¡Esa es buena!
¡Pues si está tu carta llena
de galicismos atroces!
Sólo con tu carta, basta
para darte una paliza.
¡Si esa es la prosa castiza,
reniego yo de mi casta!
Perdona mis malos modos
si con ellos te ofendí;
mas lo que te pasa á ti,
nos pasa aquí á casi todos.
Yo estudio mi idioma en vano,
y no tengo inconveniente
en confesar, francamente,
que no escribo en castellano.
Pues sin brújula y sin tino,
desde que á Baralt leí,
yo no sé, ¡pobre de mí!
si escribo en francés... ó en chino.
¿Y qué he de hacer? ¡Ya lo ves!
¡Si nuestra literatura,
es hoy una mezcla impura

de español y de francés!
  Y aquí verás por ti mismo
si estoy ó no equivccado.
Voy á poner *subrayado*
todo lo que es galicismo.
  Ten la bondad de escuchar,
ya que consejo me pides
y *pretencioso* decides
hacerte un nombre y brillar.
  Yo profeso esa opinión,
y así ha de ser. *No te extrañe*,
¡Haga Dios que no me engañe
jamás en mi *pretensión!*
  No obtendrás notoriedad
en la literaria crítica;
pero serás en política
una *notabilidad.*
  Tu sitio es el Parlamento.
No es que *yo me haga ilusiones.*
Sé que tienes condiciones
y *harás valer* tu talento.
  Eres charlatán, osado,
enredador, polemista,
y al primer *golpe de vista*
se conoce al diputado.
  ¡A las Cortes decidido!
Y pues la lucha prefieres,

lánzate á hablar, si no quieres
pasar desapercibido.
En actitud expectante
aguarda el momento ansiado,
con propósito *marcado*
de ser un hombre *importante.*
Conste que tu bien procuro,
y si sigues mis consejos,
como eres listo, *irás lejos*
y *harás furor,* de seguro,
Con malicia y elocuencia,
muy pronto, sin que te asombre,
pondrás *muy alto* tu nombre
y serás una *eminencia.*
Sé que no es grano de anís
conseguirlo, ¡qué ha de ser!
Pero á luchar, á vencer,
¡y á *vivir sobre el país!*
Habla siempre, sin cesar.
Mucha audacia y mucha flema.
Este es *el solo* sistema
que nunca has de *abandonar.*
Piensa en que *de todos modos*
en hablar tu ciencia estriba,
pues aquí, *en definitiva,*
vence el que hable más que todos.
Si alguno *te alude* y mancha

tu buen nombre en serio ó en broma,
erígete en juez y toma
á tu gusto la *revancha.*

Con la intención más dañina
habla recio y *con aplomo,*
mas sin demostrar ni asomo
de *animosidad,* ni inquina.

Y si te replica el necio,
háblale con desparpajo
y mírale, *de alto abajo,*
así, con cierto desprecio.

Que ese desplante atrevido
á nadie puede chocar,
donde *ha tenido lugar*
más de un caso parecido.

Afronta el peligro y di
toda la verdad al punto.
No olvides que es este asunto
cuestión de honra para ti.

Después de todo, pudiera
convenirte al fin y al cabo.
Y quedarás como *un bravo*
si *te bates* con cualquiera.

Y así, Nicanor querido,
sin tropiezos ni fracasos,
marcharás á grandes pasos
hacia el fin apetecido.

Yo te daré el parabién;
tendrás fortuna no escasa;
y te aplaudirán *en masa*
todas *las gentes* de bien.

Y seguro en tu carrera
te contemplaré, ¡oh *mi amigo!*
satisfecho y *al abrigo*
de la calumnia rastrera.

Y si hecho un sabio profundo,
das al amor su valor,
y astuto, *haces el amor*
á una dama *del gran mundo,*

y te casas—que es probable—
¡te estoy viendo hecho un marqués
dando bailes y *soirés*
en un *hotel confortable!*

¡Gran porvenir te aseguro
si *te conduces* así!
¡No hay medio! Créeme á mí.
¡Harás sensación! ¡Lo juro!

Déjate de idealismos,
que eso es ladrar á la luna.
Y ¡adiós, y *buena fortuna!*
¡¡Y basta de galicismos!!



Rasgo de valor

CUENTO VIEJO

Un militar muy valiente
—según propia confesión,—
delante de mucha gente
refería lo siguiente
con vivísima emoción:
—«El moro nos acosaba

con furia desesperante;
el gran O'Donnell dudaba,
pero Prim, que nos mandaba,
dijo por fin:—¡Adelante!
¡Qué momento aquel!... ¡Qué horror!...
Al sonar de las cornetas
se encendió nuestro furor,
y de la luna al fulgor,
brillaron las bayonetas...
Atacamos con denuedo;
los marroquíes bribones
huían muertos de miedo;
y yo que... ¡Vamos! No puedo
dominarme en ocasiones,
aunque oí la voz de mando
que gritó:—«¡No acometer!»
sin saber cómo ni cuándo
seguí avanzando... avanzando...
sin poderme contener.
No hallé á nadie en mi carrera...
Hasta que, á la luz primera
del sol, mi suerte ha querido
que viese á un moro tendido
al lado de una pitera.
¡No lo olvidaré jamás!
¡Daba miedo aquel morazo!
Pero yo fuí por detrás,

le cogí una pierna, y ¡zás!
¡Se la corté de un sablazo!»
—¡Diablo!—un oyente exclamó.—
¡Hombre, admiro su proeza!
Mas, pues no se defendió
aquel moro, ¿por qué no
le cortó usted la cabeza?
—¿Que por qué no le corté
la cabeza á aquel malvado?
¡Va usted á saber por qué!
Porque cuando yo llegué
¡ya se la habían cortado!







Junta de médicos

Estaba don Blas García
enfermo de gravedad,
y el doctor que le asistía
viendo que no conseguía

vencer á la enfermedad,
mandó venir al instante
á un sobrino del paciente,
y le dijo:—Francamente;
el estado es alarmante
y el peligro es inminente.
Luchando con alma y vida
agoté mi formulario
sin ventaja conocida.
Juzgo, pues, que es necesario
citar á junta en seguida.
—¡Se citará, sí, señor.
—¡Pronto! ¡Cuanto antes mejor!
—¡Su salud es lo que quiero!
¿Espera usted?
—Aquí espero.
—Pues hasta luego, doctor.

—

La fiebre al enfermo abrasa...
Son momentos angustiosos...
Pero, al fin, á la hora escasa
llega el sobrino á la casa
con dos médicos famosos.
El uno rechoncho y viejo;
el otro joven y guapo;

los dos son de ciencia espejo,
el doctor Pérez Gazapo
y el doctor Pérez Conejo.
Hecha la presentación,
tras las frases de ordenanza,
pasan á la habitación
de don Blas, con la esperanza
de lograr su curación.
Ante el peligro evidente
fruncen los sabios el ceño
significativamente,
y acercándose al paciente
que está lo mismo que un leño,
durante una hora y más,
sin que les rinda el trabajo,
soban al pobre don Blas
por arriba, por abajo,
por delante y por detrás.
Formada ya su opinión
con el reconocimiento,
pasan á otra habitación;
se lavan, toman asiento
y principia la sesión.

—

El de cabecera, que es
orador de los mejores,

empieza á hablar, y después
de saludar muy cortés



á tan dignos profesores,
hace con frase atildada
y voz firme y reposada,

y demostrando gran ciencia,
una historia detallada
del curso de la dolencia.
Y en un período elocuente
y con palabra elegante,
asegura que es urgente
una sangría abundante
para salvar al paciente.

—

—Hable usté, señor Conejo.
—Antes Gazapo.
—Lo dejo
para después.
—¡Vamos!
—¡No!
—Conejo, como más viejo
debe hablar antes que yo.
—Pues lo que dice es verdad,
y ya que Gazapo insiste,
hablaré sin vanidad,
usando sólo del triste
privilegio de la edad.
Fresca aún en mi memoria
la historia tan peregrina
que hizo el señor—¡una historia

digna del que es una gloria
de la patria medicina!
 Nada tengo que objetar,
nada tengo que añadir.
Sólo me resta admirar
su manera de decir
y su modo de pensar.
 Probada la congestión,
conviene la depleción,
y por eso considero
muy útil la indicación
de mi digno compañero.
 ¡Una sangría ahora mismo
ó la plétora le mata!
Aquí se impone el *Broussismo*
ante el *sanguis moderata*
nevorum del aforismo.
 Y respetando prudente
á los modernos autores
que puedan ponerse enfrente,
digo y sostengo, señores,
que la sangría es urgente.
 Aguardo con impaciencia
la luz de la inteligencia
del digno comprofesor,
en quien se juntan gran ciencia
y talento superior.

—¡Señores! Anonadado
por las galantes mercedes
con que ustedes me han honrado,
y al mismo tiempo asombrado
del gran talento de ustedes,

voy á emitir mi opinión,
franca, sincera y leal,
como es siempre la expresión
que va desde el corazón
á mi centro sensorial.

Viendo cómo se presenta
ese torrente impetuoso,
esa flogosis violenta
que turba la marcha lenta
de este proceso morboso,

y ante las perturbaciones
anímicas, peculiares,
de éxtasis y exudaciones
en las ramificaciones
de los tenues capilares,

juzgo urgente y decisivo
el sistema depletivo
en este caso especial,
contra el cielo evolutivo
de la hiperemia inicial.

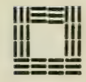
Y opinan igual que yo
autores como *Troussó*,

Brunner, Gay, Serres, Littré,
Niemeyer, Hofmann, Landré.
Ponsart, Andry y *Brichetó*.
Y por convicción patente,
qüe no por vano capricho,
opino aquí, finalmente,
que la sangría es urgente,
¡pero urgentísima!—¡He dicho!

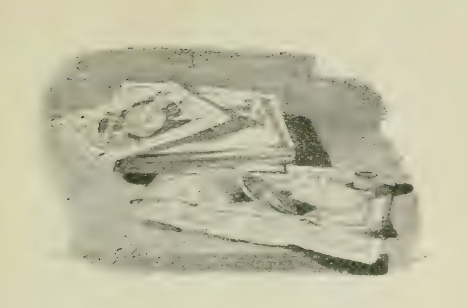
—

—Pues los tres estamos ya
de acuerdo, vamos allá
que la gravedad apura.
¡Su curación es segura!
—¿No ha de serlo?
—¡Claro está!
—¡No perdamos tiempo!
—¡Andando!
(Y con la lanceta abierta
van hacia la puerta, cuando
en esto se abre la puerta
y entra el sobrino llorando.)
—¡Calma! ¡Calma, amigo mío!
Su tío, yo se lo fío,
se curará.
—¡Sí por cierto!

—¡Qué ha de curarse mi tío
si el infeliz ya se ha muerto!
—¿Que se ha muerto?
—¡Sí, doctor!
—¡Qué lástima de don Blas!
—¡Morirse así! ¡Qué dolor!
—¡Si aguarda un momento más
se salva el pobre señor!...







Los jugadores

Era Vicente hombre rico,
en el juego se envició
y en dos años se quedó
sin un cuarto el pobre chico.
Hoy, mísero y andrajoso,
llora sus faltas Vicente,
y al verle, dice la gente:
—¡Qué perdido! ¡Qué vicioso!

En cambio, el banquero Ponte,
nacido en modesta cuna,
adquirió su gran fortuna
en la *ruleta* y el *monte.*

Hoy derrocha y se divierte;
la atención de todos llama,
y al verle, la gente exclama:
—¡Es millonario! ¡Qué suerte!

—

Con esto el mundo ha probado
que en el juego, siempre odioso,
sólo el que pierde es *vicioso,*
y el que gana, *afortunado.*





Escena de familia

TERCETTO

—Hija, se porta tu esposo.
—Mamá, no le riñas hoy.
—¿Que no le riña? Hija mía

¡esto es horrible! ¡es atroz!
—Pero, ¡mamá!...
—Hace una hora,
que no sé con qué intención,
salió de casa Pepito.
—Algún negocio...
—¡No! ¡No!
¡Pues no faltaba otra cosa!
Le espera una reprensión
de padre y muy señor mío.
¿Llaman? ¡Ahí está! ¡Mejor!
—Buenas noches.
—Buenas noches.
—¿De dónde viene usted?
—¿Yo?
Pues de ver á unos amigos
que han llegado del Ferrol.
—¿Amigos, eh?
—¡Sí, señora!
—¡Pues ya son las diez y dos
minutos! ¿Lo entiende usted?
—¡Pero!...
—¡No hay apelación!
¡A las diez en punto en casa!
—¡Pero, mamá, por favor!
—Comprenda usted que...
—¡Silencio!

—¡Hay compromisos!...
—¡Chitón!
—¡Pero es que yo!
—¡Usted no es nadie!
—¡Pues bien, señora! ¡Ya estoy
cargado de sus reyertas!...
—¿Bravatas, eh?
—¡Sí, señor!
¡Es usted una cantárida!
—¡Pepito!
—¡Pepe, por Dios!
—¡Es usted peor que el tifus!
—¡Insolente! ¡Cuando yo
le sostengo hace dos meses!...
—¡Señora!
—¡Mal corazón!
¡Quítese usted de delante!
¡Marche usted!
—¡Sí que me voy!
¡Basta ya de sufrimiento
¡Basta ya de humillación!
¡Julia, vámonos al punto!
—¿Con Julia? ¡Quiá! ¡No señor!
—¡Mamá!
—¡Marche usted solito!
—¡Julia es mía!
—¡Y mía!

—¡No!

—¡Pues vendrá!

—¡Pues no se irá!

—¡Señora!

—¡Pepe!

—¡Traidor!

¡Infame! ¡Canalla!

—¡¡Suegra!!

—¡Márchese usted, ó, si no!...

—¡Adiós! ¡Me pegaré un tiro!

—¡Puede usted pegarse dos!

—¡Julia!

—¡Pepito!

—¡Hasta nunca!

—¡Yo me muero!

—¡Abur!

—¡Horror!

—

Resultado de esta escena:
Julia se murió de pena
y Pepe se suicidó.
¡Sólo la suegra quedó
y está tan gorda y tan buena!...

Á

Alcalá de Henares

(PARA EL ÁLBUM DE DON L. DE C.)

Elogien otros tus monumentos
gloria y orgullo de toda España;
cante á la cuna del gran Cervantes
quien tenga alientos para cantarla...
Yo no me atrevo. Sólo dedico
dulces recuerdos, dulces palabras,
á lo que vale más que tus glorias,
¡á tus almendras garapiñadas!





El picador inmortal

> Para mujeres Valencia;
> para *chiquios* Aragón,
> y para cogidas graves
> Vicentillo el picador.

Domingo, diez.—¡Gran corrida!
Está de tanda Vicente,

repuesto completamente
de la pasada cogida.
Sale un Miura de sentido,
con el picador se encara;
Vicentillo se prepara;
brinda la suerte á un tendido,
se adelanta con valor;
llega el toro; falta el brazo,
¡y se lleva un batacazo
de los de marca mayor!
Ruedan caballo y ginete...
El público grita:—«¡Pillo!»
Se hace el muerto Vicentillo;
pero, en esto, le acomete
ciego de coraje el Miura,
y lo coge, lo voltea,
lo magulla, lo patea,
lo deshace y lo tritura,
hasta que el bicho, cansado
de tanto dale que dale,
de la querencia se sale
y se va por otro lado.
Vicente está en la agonía;
cargan dos *monos* con él;
lo sacan del redondel
y entran en la enfermería.
—¿Qué es eso?

—¡Un muerto!

—¡No hay tal!—

responde el doctor.—¡No es cierto!

¿Es Vicente? ¡No está muerto!



¡Este chico es inmortal!

Respondo de que está vivo.

Le iremos examinando...

¡A ver! Que vayan copiando

el parte facultativo:

«Herida grave en el pecho
de una cuarta de extensión;
fractura y dislocación
del omoplato derecho.

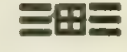
»Contusión de tercer grado,
muy grave en el peroné.
(Esta contusión es de
pronóstico reservado.)

»Herida sobre el frontal
que mide nueve pulgadas;
diez costillas fracturadas
y conmoción cerebral.»

. . . .

. . . .

¡Ya está tan bueno Vicente!
En la corrida siguiente
tiene otra nueva cogida;
pero se cura en seguida,
y así sucesivamente.





Gaita y sermón

CUADRO DE COSTUMBRES ASTURIANAS

I

Por la orilla del Nalón
y en un burro matalón
camina el Padre Tadeo,
arremangado el manteo
y calado el *canalón.*

Festeja Valdepomar
á Santa Rita bendita,
y el alcalde del lugar
le ha llamado á predicar
el sermón de Santa Rita.

Va el Padre muy abstraído,
sin temor á los retozos
del pobre burro aburrido,
mascullando algunos trozos
del sermón que se ha aprendido.

Al tomar por un sendero
que espeso zarzal señala,
se le une de compañero
de marcha, *Pin el Gaitero*
que va vestido de gala.

—

—Buenas tardes, señor cura.
—Buenas tardes nos dé Dios,
dice el Padre con finura.
—¿Iremos, se me figura,
al mismo pueblo los dos?

—Yo voy á Valdepomar.
—Yo también voy á tocar
esta noche en la *foguera*.
¡Buen sermón va usté á soltar!





¡Lo mismo que si lo oyera!
—Hombre, gracias.
—¡Ya lo creo!
¿No es usté el Padre Tadeo?
—El mismo.
—¡Yo bien decía!
¡Si ya le oí á usted el día
de la Virgen en Langreo!
¡Si tengo yo muy presente
aquel sermón! ¡De qué modo
pintó el infierno á la gente!...
¡Si se veía talmente
al diablo con rabo y todo!...
—No, no tanto.
—Sí, señor.
Le juro á usté, á fe de *Pin*,
que no hay un predicador
que hable más claro y mejor
y que sepa más latín.
Lo que es en Valdepomar
ya saben lo que han buscado.
¡Y usted ya se hará pagar!
—Hombre, nada hemos tratado
sobre ese particular.
Me escribieron: «Venga usté»,
y yo les dije: «Allá iré.»
—Yo hago tratos más seguros:

Con el alcalde ajusté
mi trabajo en doce duros.
—¡No está mal! ¡Bien se portó
el alcalde!
—No me quejo;
pero sepa usted que no
se encuentra en todo el concejo
un gaitero como yo.
Sé tocar una *alborada*
que no miento si le digo
que no la hay más afinada;
y en una misa cantada
no hay quien se meta conmigo.
Verá usted. Voy á tocar
y así podrá usted juzgar...
—¡No! ¡No! Muchas gracias, *Pin.*
El burro no es *espantín*,
pero se puede asustar.
—Bueno, bien; como usted quiera.
—¿Falta aún mucho camino?
—¡Quiá! ¡Ni una hora siquiera!
En pasando aquel molino
tomamos la carretera.

—

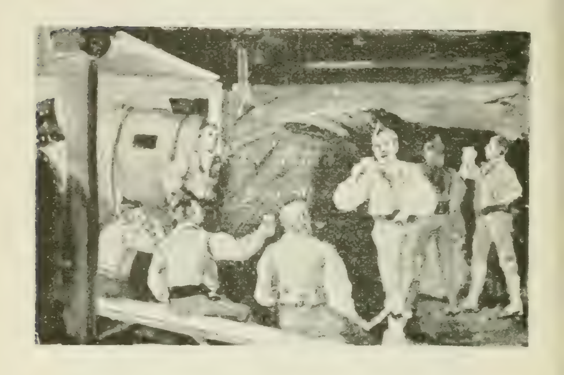
El uno del otro al lado
y en amistoso palique,

llegan al pueblo citado
el Padre cura montado
y el gaitero de espolique.
Apenas los ven llegar,
los reciben con tambor
el alcalde del lugar,
y el cura y el coadjutor
y todo Valdepomar.
¡Qué alborozo! ¡Qué alegría!
—«¡Qué viva *Pin el Gaitero!*»
toda la gente decía;
y era el alcalde el primero
que los vivas repetía.
Y hay que decir, en honor
de la verdad, que en tal paso
sufrió el cura, con rubor,
que apenas hicieran caso
del Padre predicador.

II

En el amplio castañar
donde la gente venera
á su santa tutelar,

celebra Valdepomar
la renombrada *foguera*.
Hay bombas y *voladores;*
farolillos de colores
decoran la vieja ermita,
y en el fondo Santa Rita



brilla entre luces y flores.
¡Cuánta gente! ¡Qué expansión!
¡Qué voces! ¡Qué animación!
¡Qué mezcolanza tan rara
de bulliciosa algazara
y cristiana devoción!
Se abre de sidra un tonel,
y allá acuden en tropel
los bebedores no escasos;

y hay quien se bebe cien vasos
¡y aun se queda á media miel!
  Todos comen, beben, juegan...
Aquí unos chicos se pegan
y caen rodando al suelo,
y allá los mozos se entregan
al alegre *xiringüelo.*
  Dirige *Pin*, animoso,
este baile cadencioso...
Le oye el público extasiado,
y está el alcalde orgulloso
con haberle contratado.
  Renueva la confitera
cien veces su mercancía,
y pronto la avellanera
muestra su cesta vacía
apoyada en la cadera.
  Los de la *danza* aprisionan
en el centro á los curiosos,
y más y más se eslabonan,
y en dulces cantos entonan
historias de hechos famosos...
  Se oye allá abajo, en la fuente,
cantar monótonamente
«*La bendita Magdalena*»,
y hay *¡ixuxú!* que resuena
en las montañas de enfrente.

Al fin, la gente cansada,
va abandonando la ermita,
y casi de madrugada
termina la renombrada
foguera de Santa Rita.

III

Son las diez.—Ya va á empezar
la fiesta, y honrando á Dios
los vecinos del lugar,
lucen este día los
trapitos de cristianar.
Se oye en el templo el zumbido
de los monótonos rezos;
y como nadie ha dormido,
interrumpe algún ronquido
el rumor de los bostezos.
Fuera, la gente impaciente
sólo aguarda la función;
y no siendo suficiente
la ermita, para la gente
que quiere oir el sermón,
en el castañar frondoso,

y atado al tronco rugoso
del árbol más corpulento,
alzó un vecino mañoso
un púlpito en un momento.
Suena la alegre campana;
disparan en la quintana



cohetes de dinamita,
¡y retiembla Santa Rita
en la insegura peana!
Ya sale la procesión,
y en correcta formación
va siguiendo el derrotero
que marca *Pin el Gaitero*
que va al lado del pendón.
Llegan al sitio fijado;

queda el séquito parado;
termina el triunfal paseo,
y sube el Padre Tadeo
al púlpito improvisado.
Con voz, unas veces grave
y otras melodiosa y suave,
—como exige la oratoria,—
habla como aquel que sabe...
que tiene buena memoria.
Mas ¡ay! tanto se ha extendido,
que apenas hay ya quien pueda
prestar atención, ni oído,
¡y hasta el alcalde se queda
profundamente dormido!
Termina, al fin, el sermón;
da vuelta la procesión
por la ruta ya marcada;
sigue la misa cantada,
¡y se acaba la función!

—

¿Qué tal el sermón?, decía
uno que tarde acudía;
y respondió una devota
que ella, la verdad, no había
comprendido ni una jota.

Sin embargo, el coadjutor,
que presume de orador,
afirmaba, sin dudar,
que aquel sermón fué el mejor
que se oyó en Valdepomar.

IV

Al terminar la anunciada
comida, en que hubo *fabada*,
y truchas en escabeche,
y pollos, y carne asada,
y jamón y arroz con leche;
el alcalde, entre el mareo
y la angustia del empacho,
dijo:—Es tarde, y yo deseo
que *Pin* y el Padre Tadeo
pasen conmigo al despacho.
Y añadió, abriendo un cajón:
—Estos doce duros son
de *Pin*.
—Gracias.
No hay de qué.
Y, Padre, aquí tiene usté

seis duros por el sermón.
¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Los dos muy bien se portaron
y está contenta la gente.
(Y el Padre y *Pin* se miraron
significativamente).
Guardáronse su dinero;
y viendo el Padre—¡oh rubor!—
que aquel alcalde grosero
pagaba más á un gaitero
que á todo un predicador,
despídese amable y fino
de los que á la mesa estaban,
y cejijunto y mohino
baja á montar el pollino
que á la puerta le ensillaban...
Con él bajan sin tardar,
pues le quieren despedir;
y le ayudan á montar,
y á punto ya de marchar
vuelve el alcalde á decir:
—Mande usted, si le conviene.
Ya sabe usted que aquí tiene
un pueblo para un apuro.
Conque, hasta el año que viene,
que vendrá usted de seguro.
—¿No he de venir? ¡Sí, señor!

(contestó el Padre, chancero).
¡Mas no de predicador!
—¿Cómo?
—¡Vendré de gaitero
y saldré mucho mejor!





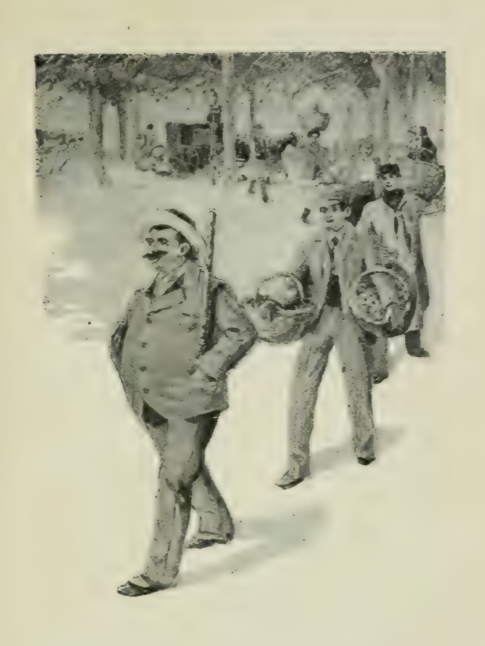
Fraternidad

Sé que don Severo Osuna,
notario de mala fe
y sin aprensión ninguna,
se ha comido la fortuna
de su hermano Bernabé.

Arruinando al pobre chico
logró el hombre hacerse rico,
y es feliz á su manera.
Y por eso yo me explico
—y se lo explica cualquiera—

que siempre que un pordiosero
con acento lastimero
le pide limosna en vano,
le conteste don Severo:
—Perdone por Dios, *hermano.*





Economía doméstica

Sostiene el buen don Rufino,
con razón en muchos casos,
que en Madrid los comestibles
nos los dan sofisticados.

Que ni el arroz es arroz;
ni los garbanzos, garbanzos;
ni los cuartos de gallina
son de gallina, ni cuartos.

Que las terneras son bueyes,
y los conejos son gatos,
y el chocolate una mezcla
de bellotas y *torraos.*

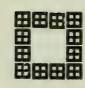
Así, que el buen don Rufino,
que está un poquito *chiflado,*
no compra nada en comercios
muy antiguos, pero en cambio,
en cuanto sabe que se abre
una tienda en cualquier lado,
allá va el pobre, seguro
de no sufrir un engaño.

Porque dice, y dice bien:
—«Para ganar parroquianos,
no han de dar el primer día
los géneros averiados.»

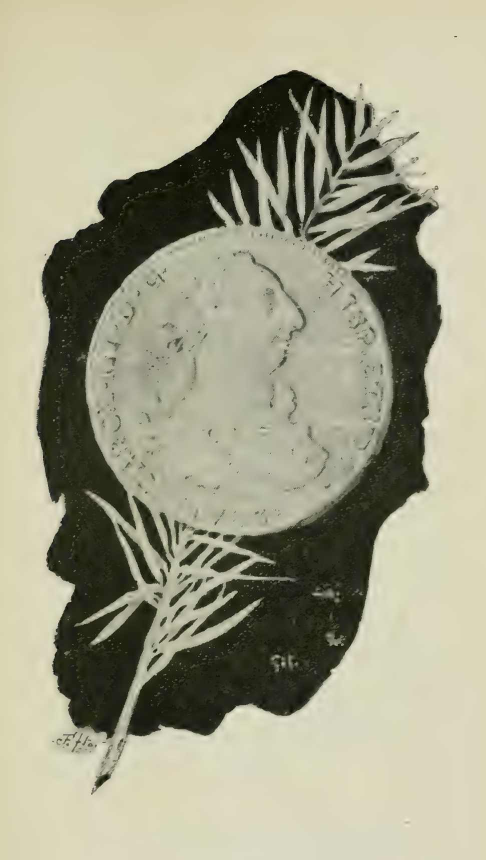
Por eso hoy en cuanto supo
que en la Plaza de Bilbao
se abría una *Huevería*
con muchísimo aparato,
fué don Rufino el primero
que entró á comprar muy temprano.

Y al ver que los huevos eran

gordos, frescos y baratos,
dijo el hombre:—«¡Esta es la mía!
El precio es muy arreglado,
y ya que están tan fresquitos
es la ocasión de comprarlos.»
  Y dándoselas de cuco
y de económico y práctico,
¡¡compró setecientos huevos
para el consumo del año!!







El oro

POESÍA QUÍMICA

¿Quién hay entre los mortales
que pueda desconocer

la grandeza y el poder
del gran *rey de los metales?*
Rey á quien rinde tributo
la mísera humanidad,
porque este *rey*, en verdad,
es todo un *rey absoluto.*
Rey que vence y avasalla
al que á combatirle venga;
no hay quien su paso detenga
con dique, muro, ni valla.
Monarca que sobresale
por su reinado fecundo,
pues no hay gobierno en el mundo
que al de este monarca iguale.
Altivo, indomable y fuerte
tala, edifica, destruye...
¡sólo su poder concluye
ante el poder de la muerte!

—

Los antiguos apreciaron
todo su inmenso valor,
y quizás por su esplendor
al oro *Sol* le llamaron.
Sol que al desvalido alienta
aquí como en el Mogol,
porque, sin duda, este *Sol*

es el sol que más calienta.
Sol que en sus rayos encierra
amor, paz, dicha y consuelo;
Sol que cual el sol del cielo
da lozanía á la tierra.
Algunos—y no me asombra—
á robar su luz llegaron;
infames, el *sol* tomaron
¡y hoy se encuentran *á la sombra*!

—

Por sus timbres especiales
y títulos de grandeza,
se halla en la naturaleza
siempre unido á otros metales.
También se halla—y es tesoro—
en *pepitas* muy bonitas.
¡Por eso muchas Pepitas
suelen tener *pico de oro*!

—

Es en extremo *maleable*,
y aunque por *dúctil* impera,
por nada el oro se altera
porque es muy *inalterable*.
Y siendo su estirpe egregia
y hasta tal punto encumbrado,

sólo puede ser tratado
por medio del *agua regia.*

—

Mas aunque el oro es potente
como toda majestad,
tiene una debilidad
que es muy justo hacer presente.
Aunque cual *rey* brillar pueda,
es en *dureza* tan pobre,
que tiene que unirse al cobre
para formar la moneda.

—

Quien tiene oro, dice altivo:
—«¡Positivo es mi tesoro!»
Y es natural, porque el oro
es *electro-positivo.*

—

Amarillo es su color,
y hay tonto que profetiza
que el tal color simboliza
la tristeza y el dolor.
¡Me río de la simpleza!
Que den oro á mi bolsillo,
y juro que su amarillo

no ha de causarme tristeza.

Que es el oro, á mi entender,
para todos los mortales,
consuelo, dicha, placer...
¡Feliz quien en su poder
tenga al *rey de los metales*!







A un padre... de la patria

¡Pero ven acá, simplón!
¿Piensas tú que me he asombrado
de tu triunfo en la elección?
¡Si te han hecho diputado
sin tener oposición!

¡Si yo no me asombro de eso!
Pero tú, infeliz, ¿no ves
que serás siempre un camueso
en tu casa, en el Congreso
y en donde quiera que estés?

—

¿De qué te sirve, ignorante,
tener un cargo importante,
si has de ser, sin remisión,
el más insignificante
de todos los del montón?

—

¿Piensas hacer algo? ¡Bah!
¡Harás el oso, eso sí!
¿Pero algo de bueno? ¡Quiá!
¿En qué pensó tu papá
para colocarte ahí?

—

Abusar en tu favor
de su omnímoda influencia,
—perdóneme el buen señor,—
ha sido una inconveniencia
de las de marca mayor.

Pues él sabe demasiado
que tú eres *casi* negado,
y no digo *por completo*,
no sé por qué... por respeto
al nombre de diputado.

—

Tu cara es prueba evidente
de tu ineptitud patente,
¿pues qué otra prueba más cierta
que esos ojos y esa frente
y esa boca siempre abierta?

—

Hay quien con cara de listo
es un necio, un botarate,
pero tú... ¡por Jesucristo!
sólo con verte está visto
que eres tonto de remate.

—

Los de dentro y los de fuera,
diputados y porteros,
conocen ya tu tontera...
¡Qué más! ¡Si hasta los maceros
te miran de una manera!...

Mas tú, nada, tan campante;
orgulloso de tu gloria,
sigues tu marcha triunfante
con el apoyo infamante
de *Diputado por Coria.*

—

Y ahí tienes el resultado
de verte tan encumbrado
y á la vista de la gente:
eras un tonto en privado
y hoy lo eres públicamente.

—

Todo el mundo sabe aquí
lo que puedes dar de ti,
y hasta en el distrito ya
reniegan de tu papá
que les ha engañado así.

—

Y aunque tuvisteis el arte
de burlar su buena fe,
cuando quieras presentarte
juran volver á votarte...
pero á votarte con B.

¡Está el distrito bonito!
No se te ocurra la idea
de visitar tu distrito,
pues ni San Pedro bendito
te libra de una pedrea.

—

¡Furiosos tus electores,
dicen de tu padre horrores
al ver que han votado á un *nene*,
que en vez de cerebro tiene
requesón de miraflores!...





Cuento

Ayer hallé á un cesante
de rostro macilento,
que frente á un panecillo
tan duro como un hierro,
—pues que quizás tuviera
dos meses por lo menos,—

contábale afligido
dolores y tormentos,
vertiendo cada lágrima
que era un dolor el verlo.
Toméle por un loco
y á él me acerqué con miedo,
diciéndole:—Amiguito,
perdone si molesto;
pero saber quisiera
por qué tan triste y serio
le encuentro conversando
con ese pan tan seco.
Y respondióme el hombre
al punto y muy atento:
—¿Desea usted, amigo,
saber lo qué pretendo?
La cosa es muy sencilla,
y aunque á las claras veo
que usted me juzga loco,
verá que soy muy cuerdo.
¡Seis días han pasado!
¡Seis días, caballero,
sin que un bocado solo
entrara en este cuerpo!
Y como el tiempo pasa
y el hambre va creciendo,
con este pan me encaro,

—porque es fuerza comerlo,—
mas como está tan duro
y así con él no puedo,
le cuento mil desgracias
y horrores mil le cuento
¡á ver si de este modo
consigo *enternecerlo!*







¡¡Otro álbum!!

«Querido Vital: Te envío
el álbum de Telesfora,
una apreciable señora
prima de un amigo mío.
»El encargo es muy urgente,
espero que satisfagas
mis deseos, y que lo hagas
hoy mismo. Tuyo, VICENTE.»

¡Otro álbum más! ¡Me da miedo!
¡Otra nueva poesía!
El caso es que yo debía
negarme, pero no puedo.

¡Este amigo es una plaga!
¿Cómo decirle que no?
Creerá sin duda que yo
me niego porque no paga.

Estas costumbres odiosas
serán nuestra perdición;
yo no sé por qué razón
no han de pagarse *estas cosas*.

Quien de lo que escribe vive
y no hereda á ningún tío,
¿por qué causa, señor mío,
no ha de cobrar lo que escribe?

¿Es por ventura una ofensa?
¿A quién la verdad le asusta?
Creo que á nadie le gusta
trabajar sin recompensa.

¿Vive alguno sin dinero?
¡Se me figura que no!
¡Caramba! ¿No pago yo
al sastre y al sombrerero?

Y si yo para comer
necesito trabajar,
¿por qué no me han de pagar

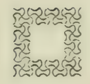
los versos? ¡Vamos á ver!
¡Es costumbre, y se acabó!
Fuera el reclamar en vano.
¡Ay! ¡Si yo encontrase á mano
al que el álbum inventó!
¡Qué costumbre tan maldita!
¡Diez *álbumes* en un mes!
Y, al fin, cuando el álbum es
de una muchacha bonita,
tiene entonces cierto encanto
y el ánimo se recrea;
pero cuando es de una fea,
¡qué compromiso, Dios santo!
¡Menos mal si es conocida!...
Pero ¿qué le digo ahora
á esta doña Telesfora,
si no la he visto en mi vida?
¿Qué sé yo?... ¡Me desespera!
Lo haré, aunque de mala gana,
salga pez ó salga rana,
ó salga... lo que Dios quiera.

Á TELESFORA:

«Es tu virtud celebrada,
simpática Telesfora.»

(Una pregunta, señora:
¿Es usted viuda ó casada?
Como soy tan comedido,
sentiría hacer el oso,
y que su señor esposo
se diera por ofendido).
«Tus rojos labios, agravios
dan á la dulce ambrosía...»
(Supongo, señora mía,
que tendrá usted buenos labios).
«Son tus dientes de marfil,
y tu aliento embriagador
tiene el balsámico olor
del cefirillo en Abril.»
(Digo, á mí se me figura...
Sólo me faltaba ahora
que tuviese usted, señora,
cariada la dentadura).
«Tus negros ojos, enojos
dan al sol...» (No seguiré;
pues yo á la verdad, no sé
cómo tiene usted los ojos).
¡Es mucha fatalidad!
¡Nada! No debo seguir,
porque me expongo á decir
cualquiera barbaridad.
Mas si tanta obstinación

tiene en ponerme en un brete,
mándeme su filiación
en el dorso de un billete
de cuatro mil de vellón.







Ingratitudes

Parece que fué ayer ¡y ya han pasado
completos cuatro lustros!
Cuatro lustros que son, según mi cuenta,
y en lenguaje vulgar, veinte años justos.
¡Veinte años! Es decir, que yo tenía
entonces los veintiuno...

ó veintidós. Por año más ó menos,
ni riño, ni cuestiono, ni discuto.
Parece que fué ayer ¡y todavía
al recordarlo me avergüenzo y sufro!

—

Bajaba yo al Colegio de San Carlos,
pensando en los exámenes de Junio,
cuando en la acera y al doblar la esquina
de la calle de Atocha, veo un grupo
de gente. Me aproximo,
y—¿qué ha pasado?—á una mujer pregunto.
—Pues, nada, caballero, una señora
que de pronto aquí mismo se indispuso.
Me abrí paso; acerquéme á la paciente,
y le tomé con gravedad el pulso.
No era nada. Una simple lipotimia;
un *patatús*, como lo llama el vulgo.
Levanté suavemente su cabeza;
le hice tomar un poco de bromuro,
y á los pocos momentos ya le había
pasado por completo el arrechucho.
—¡Oh, gracias, caballero! dijo entonces
una joven más fresca que un capullo,
de airoso porte, de maneras finas,
de negros ojos y cabellos rubios...
—Yo... señorita... repliqué cortado,

y ante belleza tal quedé confuso.
—¿Te sientes bien, mamá?
—Sí, vida mía;
estoy mejor. Marchémonos al punto.
—Acepte usted mi brazo.
—¡Ay, caballero!
Sentiría abusar...
—Lo hago con gusto.
Y marchando los tres poquito á poco,
llegamos á la calle del Saúco.
—Suba usted y descanse.
—Muchas gracias.
—¡Sí, suba usted!
—Pues me lo mandan, subo.
Le voy á recetar una mixtura,
con la que usted se alivia, de seguro.
Y subí; receté y ¡ay! aquel día
brotó la llama del amor oculto;
de un amor vehemente, apasionado;
de un amor que me expuso
á perder la salud y los ahorros,
y casi, casi, hasta perder el curso.

—

Era Elena muy guapa, lo confieso,
y á veces muy amable; ¡pero mucho!
Y era doña Rosario una señora

algo grosera y de carácter brusco.
Vivían las dos solas. He mentido.
Solas no, que vivían con un chucho;
un perrito faldero muy mimado,
muy goloso, muy feo y muy lanudo.
Se llamaba *Pichichi*. ¡Los bizcochos
que me costó el dichoso animalucho!

—

Cinco meses duraron mis amores.
Cinco meses de afanes y de apuros;
pues entre flores, dulces y teatros,
y cafés con tostadas... y otros lujos,
yo, infeliz, me veía y deseaba,
para sufrir derroche tan mayúsculo.
Pero, al fin, el amor todo lo puede,
y en aquella ocasión todo lo pudo.
Es decir, todo no. Cierta mañana
doña Rosario me soltó un discurso,
para contarme, entre suspiros hondos,
por centésima vez sus infortunios;
y después de abrazarme cariñosa,
llamándome hijo suyo,
acabó por pedirme ochenta pesos,
que reclamaba un primo del difunto.
¡Pedirle suma tal á un estudiante
es no tener vergüenza... ni recursos!

—¡Ay, señora!—le dije—francamente,
el trance es para mí terrible y duro.
Si se tratara sólo de dos pesos,
ó de cincuenta reales á lo sumo,
yo diría en seguida: «Aquí los tiene;»
¡pero esa cantidad!...
—¡Cómo! ¡Qué escucho!
¿Duda usted de que yo se la devuelva?
—¿Dudas de mi mamá?
—¡Si yo no dudo!
—¿Dice usted que no tiene ese dinero?
—¿Qué he de tener?
—¡Pues pídaselo á alguno!
—¡Yo, señora, no pido lo que ignoro
si podré devolver!
—¿Oyes qué insulto?
¡Esa es una indirecta!
—Yo le ruego...
—¡Mamá dice muy bien! Y ya te juzgo
indigno de mi amor.
—¡Por Dios, Elena!
—¡Y dices que me quieres!
—Yo...
—¡Perjuro!
¡Ingrato! ¡Desleal!
—Calma, hija mía.
No te tomes, por Dios, ese disgusto.

—Tiene razón. ¡Pues hemos concluído!
Lo que sobra son novios en el mundo.
—Pero, mujer...
—Lo dicho, caballero.
¡Ofender á una dama! ¡Eso es lo último!
—Repito que yo...
—¡Basta! ¡Esa es la puerta!
—¡Pues, abur!
—¡Hasta nunca!
—¡La del humo!
¡Abandoné la sala acongojado,
y al encontrarme en el pasillo oscuro,
vi que sólo *Pichichi*, cariñoso,
salía á despedirme triste y mustio!

—

Al verme despreciado de tal suerte,
sentí brotar mi natural orgullo;
péro pensaba en ella, y conocía
que estaba enamorado como un bruto.
Un mes pasé sin verla; y una tarde
la encontré con su madre y con el chucho.
Yo no sé que sentí, pero es lo cierto
que en la garganta se me hacía un nudo.
Las miré; me miraron; pero ¡nada!
continuaron impávidas su rumbo.
Las saludé cortés... ¡y ni siquiera

correspondió la ingrata á mi saludo!
Sólo el *Pichichi*, que me vió de lejos,
corrió á mi lado; me miró con júbilo,
y mientras yo buscaba en los bolsillos
algo con qué pagar su amor perruno,
me olió las botas, levantó la pata,
¡y el grandísimo sucio
me echó á perder un pantalón á cuadros
que me había costado siete duros!!!...





Cositas

I

Con dinero, producto de la usura,
edifica diez casas don Ventura,
y así afirma el grandísimo tunante
que tiene una conducta *edificante.*

II

¿Se casa Juan con Irene
por poder? ¡No puede ser!
Se casa por *no poder*
pagar las deudas que tiene.

III

De Cádiz viene Pepito
y su suegra á Cádiz va.
«Si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!»





A un sacamuelas

Te encontré, por mi desgracia,
en la calle el otro día,
á tiempo que yo salía
de comprar en la farmacia
de R. Coipel, un frasquito

de magnesia efervescente,
que es una cosa excelente
para abrir el apetito.
—¿Tú en Madrid?
—Aquí me tienes.
—¿Con un empleo?
—¡Estás loco!
—¿Has heredado?
—¡Tampoco!
Me he dejado de belenes
y de ser un perdulario;
cambié de rumbo y destino
y ya me encuentro en camino
de ser pronto un millonario.
¡Soy dentista!
—¡Tú!
—¡Sí tal!
¡Doctor!
—¿Doctor?
—¡Sí, señor!
—No sabía...
—¡Soy doctor
en cirugía dental!
Opero admirablemente
y sin usar la anestesia.
¿Qué frasco es ese?
—Magnesia

granular efervescente.
—¿Magnesia? ¡Qué tontería!
—Pues yo le tengo afición.
Me activa la digestión
y me cura la acedía.
—Estás malo porque quieres,
y eso ni alivia ni cura...
Tendrás mala dentadura
y por eso no digieres...
—¿Mala dentadura yo?
¡Si es de primer orden!
—¿Sí?
¡A ver, á ver!
—Hombre, ¿aquí?
¿en la calle?
—¿Y por qué no?
—Porque pasa mucha gente,
y se burlará el que pasa.
—Pues bien, vamos á mi casa;
está muy cerca, allí enfrente.
La consulta he terminado,
pero para ti estaré...
—Deja, mañana vendré.
—Subé, no tengas cuidado.
Te haré un reconocimiento.
—Pero si es que yo...
—¡Adelante!

Te despacharé al instante,
sólo es cuestión de un momento.
Siéntate aquí, en el sillón.
—Me temo...
—¡Qué desatino!
Ya verás cómo domino
el arte de la extracción.
—¡Caracoles! ¡Por piedad!
—¡Soy muy perito en el arte!
—Pero si yo...
—Quiero darte
una prueba de amistad.
¡Ay qué raigón! ¡Y qué diente!
¡Y qué muela! ¡Y qué colmillo!
—¿Eh? ¿Qué es eso?
—¡Es el gatillo!
—¡Pues no dispares! ¡Detente!
—¡Vamos!
—¡Ay!... ¡Ay!...
—¡Aprensiones!
—¡Ay!
—¡No sale!
—¡Ay!
—¡Calla ya!
¡No sale, pero saldrá!
—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay! ¡Siete tirones!
—¡Vamos al octavo!

—¡No!
¡No quiero!
—¡Qué tontería!
¡Si no salió todavía!
—¡El que va á salir soy yo!

—

Y dicho y hecho: salté
del sillón; tomé la puerta,
y con la boca aun abierta
á la calle me lancé.
Pensé entonces en callar
y en no desacreditarte;
sufrir en calma y dejarte
vivir y farsantear.
No le dije á nadie nada,
porque, al fin, eres mi amigo;
pero hoy has hecho conmigo,
doctor, una granujada.
Me pasas la cuenta, y ya
te desacreditaré.
Tu cuenta la guardaré;
pero ¿pagártela? ¡Quiá!
No han de servirte tus tretas.
¡Qué grandísimo bribón!
*«Por intento de extracción
de un diente, quince pesetas.»*

¿Pretendes salir de apuros
con mis cuartos? ¡Qué inocente!
¿No puedes sacar un diente
y quieres sacar tres duros?
Al fallo público entrego
tu impericia y tu insolencia,
y reniego de tu ciencia
y de tu amistad reniego.
Que aunque te llames doctor
en cirugía dental,
¡serás siempre un animal
de los de marca mayor!



La muñeca

En una noche de Enero
una niña pordiosera,
con los pies casi desnudos,
con las manecitas yertas,
cubriendo, á modo de manto,
con su falda la cabeza,
y sin temor á la lluvia
que más cada vez arrecia,
contempla, extasiada y triste,
el interior de una tienda

que por su gusto en juguetes
es en Madrid la primera.
—¿Qué haces aquí? le pregunta,
con voz desabrida y seca,
un dependiente, empujando
á la niña hasta la acera.
—¡Déjeme usted! ¡Si es que estaba
mirando aquella muñeca!
—¡Vaya! Retírate pronto
y deja libre la puerta.
—Dígame usted. ¿Cuesta mucho?
—¿Quieres marcharte, chicuela?
—¿Será muy cara, verdad?
¡Lo que es como yo pudiera!...
—¡El demonio de la chica!
¿Pues no quiere comprar ella?...
Lárgate á pedir limosna
y déjate de simplezas.
La muñeca que te gusta
vale un duro, conque ¡fuera!

—

Marchóse la pobre niña
ocultando su tristeza...
En vano pide limosna...
Ninguno escucha sus quejas...
Y desfallecida y débil





cruza calles y plazuelas
recordando en su amargura
la tentadora muñeca...

. . . .

—¡Caballero, una limosna
á esta pobrecita huérfana!
—Déjame, que voy de prisa.
—¡Por Dios, señor! Aunque sea
un centimito!... ¡Tengo hambre!...
—(¡Pobre niña! ¡Me da pena!)
Toma.
—¡Señor! ¡Si es un duro!
—Te lo doy para que puedas,
siquiera por esta noche,
tener buena cama y cena.
—¡Déjeme usted que le bese
la mano!
—Quita, tontuela.
—¡Que Dios se lo pague á usted!
¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!..
¿No será falso, verdad?
—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas?...
—No, señor... perdone usted...
Pero... ¡vamos!... la sorpresa...
¡Si voy á volverme loca
de alegría!... ¡Quién dijera!...
¡Que Dios le premie en el mundo

y le dé la gloria eterna!

. . . .

Y apretando entre sus manos
convulsivas la moneda,
corrió por la calle abajo
veloz como una saeta.

—

A la mañana siguiente
se comentaba en la prensa
el hecho de haberse hallado
en el quicio de una puerta,
¡el cadáver de una niña
abrazado á una muñeca!



Vigilias

De buena tinta he sabido
que don Canuto Ledesma,
filósofo descreído,
ni un solo día ha comido
de *vigilia* en la Cuaresma.

Es un hombre tan glotón,
que entre renglón y renglón,
cuando se sienta á escribir,
se entretiene en engullir
rajitas de salchichón.

Personas muy ilustradas
dicen que están bien pensadas
las obras de don Canuto,
¡y afirman que son el fruto
de *vigilias* prolongadas!...





Cuestión de correo

Un joven amigo mío,
que es un poeta llorón,
sufrió de Inés el desvío

yo no sé por qué razón.
Y al ver su negra fortuna,
llorando de amor los daños,
fuése á contar á la luna
sus acerbos desengaños.
—«Escucha ¡oh luna adorada!—
el pobre chico decía:—
dile por Dios á mi amada
lo que siente el alma mía.
»Dile cuánto es mi sufrir;
dile cuánto es mi dolor,
y que me voy á morir
si no responde á mi amor.»
Creyó el pobre ¡qué tontuna!
que á Inés se lo contaría,
y hasta la fecha, la luna
no dijo esta boca es mía.
Viendo, con honda aflicción,
que la dama de sus sueños
no daba contestación
á sus amantes empeños,
el triste vate ¡oh locura!
fuése á contar sus amores
al céfiro, que murmura
entre las pintadas flores.
—«Vuela ¡oh céfiro! exclamó
á besar sus blondos rizos,

y dile á mi Inés, que yo
me muero por sus hechizos.
»Dile que el desdén me mata,
que sufro horrible tortura,
y pide á esa bella ingrata
que calme mi desventura.»
Pero ¡ay! Inés ignoró
de su amante el padecer,
pues el céfiro le oyó
como quien oye llover.

—

Sin atender á razones,
tercera vez desatina
contando sus aflicciones
á una veloz golondrina.
Y hubo aquello de:—«Sus galas
muéstrale á Inés, por favor,
y llévale entre tus alas
el suspiro de mi amor.
»Vuela á fabricar tu nido
encima de su ventana,
y dile cuánto he sufrido
por ser con mi amor tirana.»
Pero ¡ay desgraciado amante!
la golondrina ligera,

huyó del pueblo al instante
sin despedirse siquiera.

—

Triste el poeta quedó,
y en su afán siempre intranquilo,
cien mensajeros buscó
todos por el mismo estilo.
Por fin, un día le hablé
queriendo saber su mal.
—¿Qué tal de amor?—¡No lo sé!
—¿Oyó tus quejas?—¡No tal!
—¿Y aun la quieres?—¡Ya lo ves!
—¡Eres terco y me encocoras!
Si tú deseas que Inés
llegue á saber que la adoras,
escucha bien mis razones,
porque te conviene oirlas;
no des esas comisiones
á quien no sabe cumplirlas.
Cesa en tu necia rutina;
no hagas petición ninguna
á la veloz golondrina,
ni al céfiro, ni á la luna.
Pues yo, francamente, creo
que fuera mucho mejor,

dar ese encargo al correo,
y, si acaso, al aguador.

—

Mi amigo el consejo oyó,
y poco tiempo después,
á una carta que escribió
grata respuesta dió Inés.
¡Ya pueden cantar albricias!
¡Ya satisfechos están!
Y según ciertas noticias
muy pronto se casarán.
Si él no sigue mi consejo
y no le escribe á su amada,
¡se hubiera muerto de viejo
sin que ella supiese nada!

—□—





Brindis

EN LA INAUGURACIÓN DEL ESTABLECIMIENTO BALNEARIO DE BORINES, PROPIEDAD DE LOS SRES. BALLESTEROS (DON SERAFÍN Y DON LÁZARO)

Pues no me puedo negar
y aquí brindar es preciso,
nada tengo que objetar.
No falto á mi compromiso
y me levanto á brindar.

Pero estoy acobardado,
y es muy justo mi temor;
pues yo en mi vida he brindado
ni en presencia de un Prelado
ni en la de un Gobernador.

Y esto tal miedo me impone,
que hasta es cosa facilísima
que en mi brindis desentone;
pero... *Usía* me perdone
y absuélvame *Su Ilustrísima.*

Accediendo á la atención
de Serafín, vine al fin:
pues ¿qué hombre de corazón
se niega á una invitación
si la firma un *Serafín*?

Honrándome con un puesto,
—el último, el más modesto,—
en una fiesta como ésta,
vine con gusto á esta fiesta
que es hoy orgullo de Infiesto.

Que estas aguas excelentes
dan brillantes resultados,
lo afirman todas las gentes,
y los doctores presentes
y los doctores pasados.

Pero lo que aquí es mejor
y lo que yo considero

que da á estas aguas valor,
es que haya un buen cocinero
y que haya un buen comedor.
¿Qué importa que un manantial
en sus burbujas esconda
gran virtud medicinal,
si luego se come mal,
pero muy mal en la fonda?
Y aunque algún iluso opina
que sólo la medicina
hace las curas seguras,
¡ah, señores!, la cocina
hace también grandes curas.
«Si á casas de baños vas
(dice un autor de los buenos),
al punto conocerás
que si el agua es lo de más,
no es el vino lo de menos.»
Y aquí podrán los doctores
decirles á sus clientes:
—«Id á Borines, señores;
las aguas son excelentes
y los vinos superiores.»
Yo prometo, por quien soy,
pasar el verano aquí,
pues ya como un hecho doy
que se coma siempre así

¡y tan barato como hoy!
Brindemos, pues, de buen grado,
porque llegue á los confines
del mundo civilizado
el nombre, ya acreditado,
de las *Aguas de Borines.*





Ferrocarrilerías

Dicen que las empresas
ferroviarias
van á tomar medidas
extraordinarias.
Ignoro cuáles sean,
pero ¿qué vamos
á que perdemos sólo
los que viajamos?

Pensar que esas empresas
hagan favores
no siendo á diputados
ó á senadores,
es pensar imposibles.
¡Ay del viajero
que no es ni primo cuarto
de un consejero!
Ya sabe el pobrecito
lo que le toca:
pagar lo que le pidan
y punto en boca.
Puede ocupar un coche
que va atestado.
Puede llegar más tarde
de lo fijado.
Puede, si va dormido
soñando amores,
contar con esa plaga
de revisores,
que á lo mejor del sueño
van los malditos
á llenar los billetes
de agujeritos.
Puede, si yendo en marcha
se ve apurado,
no encontrar lo que busca

por ningún lado;
que aunque lejos lo vea,
no hay quien se baje
y haga por los estribos
tan largo viaje,
para encontrarse al cabo
de su destino
con que ha perdido fuerzas
en el camino...
Puede, si el equipaje
se le extravía,
contar con que parezca.
¿Cuándo? ¡Algún día!
Los baúles parecen
tarde ó temprano,
y si no es en invierno,
será en verano:
y hace mal el viajero
si se incomoda
al ver que ya sus trajes
no están de moda;
pues si el baúl perdido,
que iba á Coruña,
fué á parar á algún punto
de Cataluña,
bastante hace la empresa
que al fin del viaje

no cobra el recorrido
del equipaje...
Puede, si en una fonda
siente apetito,
pedir un chocolate
tan calentito
que, por más que lo sople,
como está hirviendo,
no hay medio de tomarlo...
¡y al tren corriendo!
¡Y cuesta una peseta
—¡qué disparate!—
el soplar un pocillo
de chocolate!
Puede el pobre viajero
que va en tercera
(que viene á ser lo mismo
que ir en perrera)
contar con que en invierno
muere de frío,
y con que se achicharra
si es en estío.
Puede aquí el pasajero,
de cualquier clase,
pasar por lo que pasa
quien va sin pase.
Puede en los trenes mixtos

perder la calma,
¡y hasta puede en un choque
romperse el alma!
¿De qué, pues, nos quejamos?
¡Qué tonterías!
¿A qué pedir rebajas
ni economías?
Elevemos al cielo
nuestra mirada
para que las empresas
no acuerden nada,
ó hagan á los que somos
simples viajeros,
diputados, ministros
¡ó consejeros!







Un buen negocio

Un pintor de lo peor
que se conoce en el gremio
y que tiene de bohemio
mucho más que de pintor,
encontróse el otro día
en no recuerdo qué calle,

si en la de Jesús del Valle
ó de Jesús y María,
con un pintor eminente,
y parándose en la acera,
hablaron de esta manera
los dos, amistosamente:
—¡Saludo al que es una gloria!
—¡Saludo al vago!
—Ese soy.
¿Qué te haces?
—Pues, chico, estoy
pintando un cuadro de Historia.
—¡Será hermoso!
—Regular.
—Tu modestia es extremada.
—Y tú, ¿qué pintas?
—¿Yo? ¡Nada!
He dejado de pintar.
Era mi suerte angustiosa;
tiré lienzos y pinceles
y por no ultrajar á Apeles
me he dedicado á otra cosa.
—¿A otra cosa?
—De esa vivo.
Y no creas que en el ocio.
Me he dedicado á un negocio
que puede ser lucrativo.

—¡Un negocio!
—¿A qué asombrarte?
Tú eres un pintor de fama,
pero á mí Dios no me llama
por el camino del Arte.
—¿Un negocio? No me explico...
—Pues hasta hoy se me presenta
muy bien.
—¿Y cuál es?
—La venta
de muebles usados.
—¡Chico!
Es una idea excelente.
—Llevo un mes de negociante
y he ganado lo bastante
para andar algo decente.
¡Ya no temo hambres ni fríos!
—¿Vendes muchos muebles?
—Pues
en lo que llevo de mes
ya vendí... ¡todos los míos!





Pavoroso porvenir

El otro día un pavo que se hallaba
en la Plaza Mayor,
con altivo ademán, á sus colegas,
de este modo arengó:

—«¡Amigos! ¡Ciudadanos!
¡Basta de sufrimiento!

¡Sonó por fin la hora
de nuestra redención!
¡Lancémonos al campo!
¡Salgamos al momento!
Y sean nuestros gritos:
¡¡En huelga!! ¡¡Insurrección!!

—

¡Guerra á las Navidades!
¡Basta de tiranía!
¡Tiempo es de que gocemos
de nuestra libertad!
¡Pues, qué! ¿Quizás el pavo
no tiene autonomía?
¡Auimo, pues! Y hagamos
una barbaridad.

—

¿Por qué ciertos señores,
más pavos que nosotros,
ocupan ciertos puestos
felices, cual se ve?
Si todos somos pavos,
lo mismo unos que otros,
¿por qué ese privilegio?
¡Vamos á ver! ¿Por qué?

Nosotros hasta ahora
vivimos engañados;
con nueces y castañas
nos hacen engordar;
pero después que observan
que estamos bien cebados,
nos cogen, y en seguida
nos mandan degollar.

—

Somos de nuestra raza
las masas inconscientes;
somos el pobre pueblo
que siempre sufre el mal.
¿No veis cómo se libra
de manos de esas gentes
el pavo de alta alcurnia
llamado el *pavo real?*

—

Del hado los rigores
con calma hemos sufrido.
¡La lucha es necesaria!
¡Unámonos con fe!
Mirad que es el tormento
mayor que he conocido

tener por tumba el vientre
de algunos que yo sé.

—

También, ¡oh, pavas mías!
vuestro dolor acaba;
también habéis sufrido
vosotras sin chistar.
Si algún amante hoy día
quiere *pelar la pava*,
luchad á picotazos,
¡y no os dejéis pelar!

—

Están nuestros derechos
con injusticia hollados;
la *trufa* es la enemiga
que habrá que combatir.
Pues si no hubiera trufas
no habría esos *trufados*
que obligan á que el hombre
nos quiera perseguir.

—

¡Formemos, pues, la rueda!
¡Limpiemos nuestros picos!
¡En guerra, y concluyamos.

con tanta iniquidad!
¡Seamos implacables!
¡Matemos á los ricos!
¡Abajo lo existente!
¡¡Viva la libertad!!»

—

El pavo que así gritaba
y á los suyos exhortaba,
pagó caro su delito.
¡A las dos horas estaba
degollado el pobrecito!
Y en él—¡por sesenta reales!—
se cebaron sin piedad,
dos señores muy formales,
miembros de la *Sociedad*
Protectora de Animales.



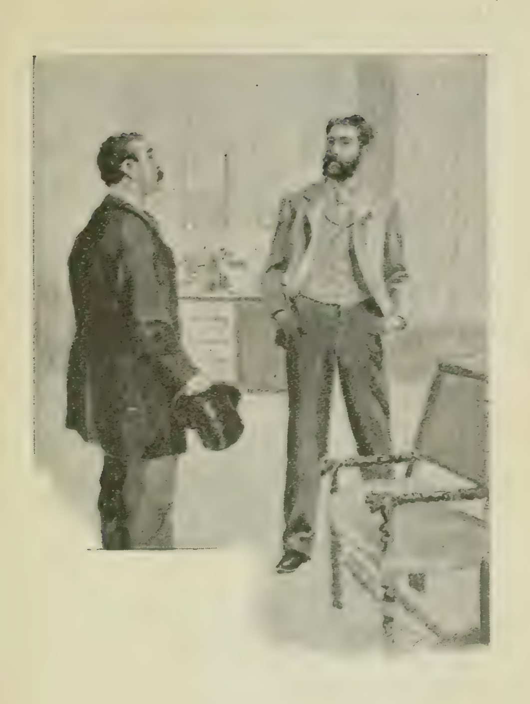




Una opinión

Examinando á un chicuelo,
con muchísima dulzura,
le preguntó el señor cura:
—«¿Cómo está Dios en el cielo?»
Y respondió el inocente
al punto y sin vacilar:
—¡Toma! ¿Pues cómo ha de estar?
estará... ¡tan ricamente!





Sistemas de hacer comedias

INTERVIEW

Soñando que era un personaje ilustre,
y un autor eminente,

tuve con un *reporter* de Sinesio
el diálogo siguiente:

—

—Saludo al *señor* Vital.
—Agradezco la atención,
pero ya empieza usted mal.
—¿Por qué?
—Por no darme el *Don.*
—Bien, para el caso es igual.
Don Sinesio me ha encargado
de darle á usted un recado.
—¿Quién? ¿Don Sinesio? ¡Qué escucho!
¿Cómo está el señor Delgado?
—Bien, gracias.
—Me alegro mucho.
¿Y qué quiere el director
de *Madrid cómico?*
—Pues
que nos haga usté el favor
de contestar como autor
á un asunto de interés.
—¿Conque de interés?
—Sí, tal.
Lo que usted diga lo copio
con gusto, *señor Vital.*
—¡Dale, bola! ¡Eso está mal!

¡Si Vital es nombre propio!
—¡Justo! Tiene usted razón.
No me haga usted esas muecas,
que otra vez le daré el *Don.*
—Diga usted Vital á secas,
y se acabó la cuestión.
—Pues bien, queremos que usté
nos conteste cómo y cuándo
hace sus obras.
—Sí, ¿eh?
Puede usted ir preguntando
que yo le contestaré.
—Mi intención es buena y sana.
No me responda usté á medias,
que la pregunta no es vana.
¿Cómo hace usted las comedias?
—Pues como me da la gana.
—No es eso. Quiero saber
su modo de proceder:
con eso me satisfago.
—Pues mis comedias las hago
como Dios me da á entender.
—Se trata de publicar
lo que nos quiera decir.
—¿Y á quién le puede importar
ni mi modo de escribir
ni mi modo de pensar?

—¡A nadie! ¡Si la cuestión
es llenar una sección
del periódico.
—¡Corriente!
Ante esa sola razón
me someto humildemente.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.
—¿Piensa usted hacer algunas
comedias?
—¡Claro que haré!
—¿Y cuándo las piensa usté?
—Pues casi siempre en ayunas.
—¿En ayunas?
—Sí, señor.
Yo soy muy madrugador,
y tempranito, en la cama,
ando á vueltas con la dama
y con el primer actor.
Pienso una obra... ¡La veo!
Doy cien vueltas al asunto,
hasta que al fin lo planeo.
Y me levanto, y lo apunto,
y me marcho de paseo.
Pero suele suceder
que el plan, que de madrugada
promete un éxito ser,

me parece una bobada
cuando acabo de comer.
—¿Trabaja usted diariamente?
—No, señor. ¡Líbreme Dios!
Soy un hombre independiente,
y me paso un mes y dos
holgando tan ricamente.
En cambio, cuando es preciso,
y con un urgente aviso
un empresario me asedia
pidiéndome una comedia,
y yo acepto el compromiso,
entonces sin vacilar
me dedico á trabajar,
y ni descanso, ni duermo...
Y ¡claro! ¿qué ha de pasar?
¡Que me pongo muy enfermo!
La prolongada encerrona
me aplana, me desentona;
al neumogástrico irrito
¡y el estómago maldito
se resiente y no funciona!
Por estas y otras razones
detesto esos achuchones,
pues con labor tan molesta,
cada comedia me cuesta
dos meses de indigestiones.

Sin embargo, lucharé
con entusiasmo y con fe,
porque, al fin, la vida es corta.
—¿Cuántos hijos tiene usté?
—¡Hombre! ¿Y á usté qué le importa?
—No, nada. Lo he preguntado
por preguntar, pues á mí
me tiene eso sin cuidado.
—Pues ya tengo cuatro, y
la pelota en el tejado.
—Creo que será mejor
que terminemos.
—Ya es hora.
—Soy su amigo...
—Servidor...
—A los pies de la señora...
—Memorias al director.



Noticia

—En sitio muy concurrido
le fué á un señor sustraído
el reló por un pillastre.
—¿Y el ladrón ha sido habido?
—No, señor, ha sido sastre.

=□=





Los específicos

El boticario don Lino,
que parece tan formal
y tan honrado y tan fino,
es el hombre más ladino
de toda la capital.

Sabiendo que mucha gente
en la botica de enfrente
compraba una medicina
que era un remedio excelente
usado en la *tos ferina,*
sin maldita la aprensión
se dijo un día:—¡Canario!
Ese hombre hace un fortunón.
¿No soy también boticario?
Pues ¡á explotar el filón!
Y con intención artera,
y no como hombre científico,
sino de mala manera,
hizo un jarabe cualquiera
con honores de *específico.*
—«*Antiferino probado*».
Eso así, bien presentado
con su frasco y con su estuche.
Si dura la *coqueluche*
es negocio asegurado.
¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Oye (dijo al dependiente).
Mañana mismo á la venta.
Verás cómo se revienta
el boticario de enfrente.
—¡Ay, señor! Usted no sabe...
—¿Qué?

—Que la cosa es muy grave.
La *tos ferina* declina,
y no habiendo *tos ferina*
se va á perder el jarabe.
—Hombre, por poco te inquietas.
Este jarabe dará,
de fijo, muchas pesetas.
Toda la cuestión está
en cambiar las etiquetas.
Teniendo ese estante lleno,
fuera una pérdida ociosa.
¿Qué no hay *tos ferina?* ¡Bueno!
Pues como eso no es veneno,
servirá para otra cosa.
—¡Cómo!
—¡Ya lo pensaré!
—¡Señor!...
—Sois unos babiecas.
¿A qué lo dedicaré?
¡Cállate! ¡Ya lo encontré!
¡Especial... en las *jaquecas!*
Esas, por fortuna, aquí
abundan siempre.
—Eso sí.
—Pues ya se arregló el asunto.
Mandaré imprimir al punto
las etiquetas así:

«EL JARABE MILAGROSO
del doctor don Lino Urosas.
Específico precioso
en las jaquecas biliosas
ó de carácter nervioso.»

—

¿Creerás, querido lector,
que tuvo don Lino un fiasco?
¡Pues vende que es un horror!
¡Y se gana el buen señor
medio duro en cada frasco!
«¡Ese es un bribón!» dirás.
¡Es claro! Va á su interés.
Pero tú ignoras quizás
que en este asunto hay quien es
más bribón que él, ¡mucho más!
¿Quién? ¡El doctor que ha firmado,
con cinismo escandaloso,
que en las *jaquecas* le ha dado
excelente resultado
el *jarabe milagroso!...*

El médico cazador

CUENTO

Un doctor muy afamado,
que jamás cazado había,
salió una vez, invitado,
á una alegre cacería.
Con cara muy lastimera,
confesó el hombre ser lego,
diciendo:—«Es la vez primera

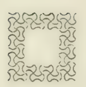
que cojo un arma de fuego.
Como mi impericia noto,
me vais á tener en vilo.»
Y dijo el dueño del coto:
—«Doctor, esté usted tranquilo,
Guillermo el guarda estará
colocado junto á usté;
él es práctico, y sabrá
indicarle...»
—«Así lo haré,
—dijo el guarda.—Sí, señor.
No meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usted mata.
Siga en todo mi consejo,
¿Que un conejo se presenta?
Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!»
¡Y usted tira y lo revienta!»
—«¡Bueno, bueno, siendo así...»
—«Nada, que no tema usté.
Quietecito junto á mí,
chitón y yo avisaré.»
Colocóse tembloroso
el buen doctor á la espera,
cuando un conejo precioso
salió de su gazapera.
—«Ahí va un conejo,—le grita





el guarda.—¡No vacilar!
Y el doctor se precipita,
y ¡pum! disparó al azar.
  Y es claro, como falló
diez metros la puntería,
el conejo se escapó
con más vida que tenía.
  El guarda puso mal gesto
y rascóse la cabeza.
Hubo una pausa, y en esto
saltó de pronto otra pieza.
  —«¡Ahí va una liebre, doctor!
¡Tire usted pronto, ó se esconde!»
Y ¡pum! el pobre señor
disparó... ¡Dios sabe á dónde!
  Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!
sin que por casualidad
acertara ni una vez.
  Guillermo que no era un zote,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:
—«Este doctor es muy bruto.
  ¡No le pongo como un trapo,
mas ya sé lo que he de hacer!»
Y al ver pasar un gazapo
corriendo á todo correr:

—«¡Doctor!—exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida.—
¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!»
Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!





Duda histórica

—Dígame usted, don Vicente,
usted que es tan competente...
—Pregunte usted, don Facundo.
—¿Cómo es *nuevo* un continente
que es ya tan viejo en el mundo?
—Era nuevo; no lo es ya.
Como creado por Dios

existía, claro está,
antes del año mil cua-
trocientos noventa y dos.
Pueblo inculto lo habitaba;
pero aquella pobre gente
ni sé cómo respiraba,
pues el Nuevo mundo estaba
cubierto completamente.
—¿Cubierto?
—¡No hay discusión!
—¡Hombre, venga una razón!
—Lo dice la Historia y basta.
Estuvo cubierto, hasta
que lo *descubrió* Colón.





Carta íntima

A mi muy querido amigo el Doctor Moreno Zancudo

Queriendo con ansia hallar
un remedio á mi dolencia,
y confiando en la ciencia
que *á veces* suele curar,

pensaba yo para mí:
«¿A qué *especialista* iré?»
De ti al punto me acordé,
y dije al pensar en ti:
«¿Moreno Zancudo? ¡Bueno!
¡Este es mi doctor! ¡No dudo!
Si él es Moreno y Zancudo,
yo soy *zancudo* y *moreno.*»
Corrí á verte presuroso,
y en ti encontré juntamente,
un doctor inteligente
y un amigo cariñoso.
Y con franqueza te digo,
que aun no sé cuál es mejor,
si la ciencia del doctor
ó el afecto del amigo.
En *dolencias* y en *estrenos*
todos mi fortuna ven,
pues siempre me tratan bien,
pero muy bien, los *morenos.*
Y como no es bien nacido
quien los favores olvida,
y yo no peco en mi vida
de hombre desagradecido,
adjunto envío, gustoso,
ese modesto presente,
no al doctor inteligente,

sino al amigo afectuoso.
Con el amigo me atrevo;
pues al médico ya sé
que nunca le pagaré
los favores que le debo.
Mi chico, que está á mi lado,
quiere escribirte, y me explico
el deseo de mi chico,
pues dice que le has curado.
No me opongo, y con tu venia
vamos á firmar los dos.
¡Salud y líbrete Dios
de enfermos de *neurastenia!*
Haz presente, por favor,
mi afecto y el de Luisito,
á Figueredo el chiquito
y al *ilustre amasador.*
Fiel seguiré tus consejos,
y con cariño te abraza
tu admirador

VITAL AZA.

(El hombre de los *reflejos).*



La esgrima moderna

Carta abierta que dirijo
al señor marqués de Heredia,
tan insigne floretista
como inspirado poeta.

Respetable amigo mío:
Tengo encima de mi mesa
sus VERDADES sobre esgrima
que elogió toda la Prensa.
No voy con humos de docto,
ni con cínica soberbia,
á decir si esas VERDADES
son ó no son *verdaderas.*
Como no ejerzo de crítico,

—¡y haga Dios que nunca ejerza!—
me callo las obras malas
y cito las obras buenas.
Si usted las llama *verdades*,
negar sus *verdades* fuera
darle un mentís y ser uno
un grosero en toda regla.
Yo por *verdades* las tomo,
y *verdades* de tal fuerza,
que si en el libro se estampan
en el terreno se prueban.
Negarle su maestría
fuera negar la evidencia,
y siendo el autor maestro,
su libro es obra maestra.
Son para mí sus razones
aforismos y sentencias,
y, como todos, admiro
la corrección de su escuela.
Sólo la duda me asalta
de que en los *asaltos* pueda
hacer yo prácticamente
todo lo que usted ordena.
Me complace, sin embargo,
el saber que usted acepta
los *asaltos prematuros*
que el clasicismo condena.

No dar el arma, es consejo
que he de seguir con prudencia,
pues de ese modo se evitan
las *expulsiones* violentas,
los *atajos, flanconadas*
y otros *golpes de sorpresa*.
Pero ¡ay, marqués! ¿De qué sirve
que de memoria me sepa
todas esas teorías,
y todas esas lindezas,
si hay una esgrima de sable
de fatales consecuencias,
y de la que usted no dice
ni una palabra siquiera?
¿Lo duda usted? Oiga atento,
y perdone la molestia.
Ayer, después de un *asalto*
en que mostré mi destreza
—(dicho sea en honor mío,
con la debida inmodestia),—
salgo á la calle, y me encuentro
con que en la calle me espera
un hombre mal encarado,
que con el sable en la diestra
me corta el paso. Yo, al verle,
me pongo en *guardia en tercera*,
(que es la que usted en su libro

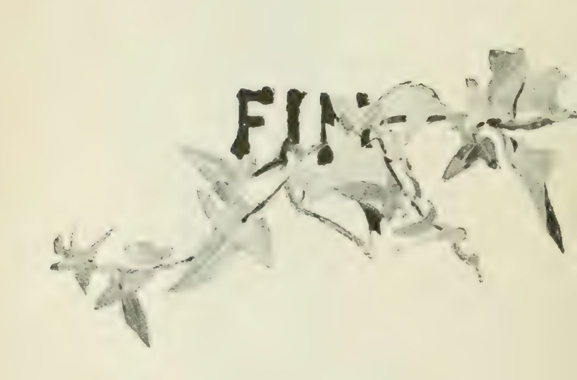
como mejor recomienda,
pues facilita el ataque
y asegura la defensa).
Me acomete mi adversario
con un golpe *á la cabeza;*
paro en quinta, *rompo;* vuelve
á atacarme, *paro en sexta;*
sobre mi marcha me tira
contrafilo á la muñeca;
retiro el brazo, y entonces
con la intención más perversa,
sale de línea; me engaña;
me desarma; se me cuela,
y... ¡zas!... me pega un sablazo
¡de veinticinco pesetas!...
Estos, marqués, son los golpes
que más al alma nos llegan,
y esas sí que son *verdades*
y no las que usted nos cuenta.
Con tiradores como ese
que me ha parado en la acera,
me río de usted, de Aldama,
de Burnhan y de Ezpeleta.
¡Esa es la esgrima de sable!
¡Esa es la esgrima moderna!
¡Y esa, marqués, es la esgrima
que yo dominar quisiera!

¿De qué me sirve ¡Dios mío!
lo que Carbonell me enseña,



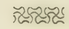
ni lo que Burnhan me indica,
ni lo que usted me aconseja,
si al fin, con tantas lecciones,
salgo á la calle y me pega

un sablazo que me parte
por la mitad un cualquiera?
Publique, marqués amigo,
un tratado... ó lo que sea,
en que indique las *paradas*
de la esgrima callejera,
y, en tanto, por sus VERDADES
reciba la enhorabuena
de su admirador y amigo
que le quiere y le respeta.



Indice

PÁGS.



ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN LA TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES,
EL 14 DE MARZO DE 1913



Extracto del Catálogo

SECCIÓN LITERARIA

ELOIS Y MORLOCKS, novela de lo porvenir. Narración del **Padre Zacarías M. Blondel**, publicada en español por el DR. LÁZARO CLENDABIMS, con un prólogo de MODESTO H. VILLAESCUSA é ilustraciones de R. OPISSO y B. GILI Y ROIG.

Dos tomos.—En rústica . ... Ptas. 6.—
En tela, cubiertas en oro y colores. » 8.—

LAS HERMANAS DE FABIOLA, por el **Padre Mariano Lorenzo, O. S. A.**—Un volumen en 8.º mayor, de más de 200 páginas de nutridísima lectura.

En rústica. ... ... Ptas. 1.—
En tela. ... ... » 2.—

PERPETUA Y FELÍCITAS Ó LOS MÁRTIRES DE CARTAGO, por **D. Eusebio Auría, Pbro.**, con un prólogo del ILMO. SR. OBISPO DE ASTORGA.—Un volumen en 8.º mayor.

En rústica.. ... ... Ptas. 1.—
Encuadernado.. ... ... » 2.—

LEYENDAS, por el **P. Tomás Arguelles**, S. J. Contiene: *Angela ó la heroína de Tzintzuntzán.—De marino á obispo.—La fe de una madre.—Clotilde de Montaner.*—Un tomo en 8.º

En tela inglesa . ... Ptas. 2.—

MINÚSCULAS (Año Santo de 1909), por **Don Emilio A. Villelga Rodríguez.**—Prólogo de ANTONIO REY SOTO.—Un volumen en 8.º. Ptas. 1.—

ESTUDIOS LITERARIOS, por el **P. Restituto del Valle Ruiz**, Agustino del Real Monasterio del Escorial; prólogo de D. JUAN ALCOVER.—Magnífico tomo en 8.º mayor.

En rústica... ... ... Ptas. 3.—
Encuadernado en tela inglesa, rótulos en oro ... ... » 4.—

A TRAVÉS DEL ISTMO DEL PANAMÁ. Escenas é impresiones de viaje, con la descripción ilustrada del nuevo proyecto y obras del *Gran Canal Interoceánico*, por **P. J. Mateos**, ilustrada con hermosos grabados y un mapa que contiene el perfil longitudinal y vistas panorámicas de la zona istmeña.—Un tomo en 8.º

En rústica, con artísticas cubiertas en colores ... ... Ptas. 3.—

QUO VADIS...?, por **Enrique Sienkiewicz**, 2.ª edición expurgada; traducción de BARTOLOMÉ AMENGUAL, precedida de una carta-prólogo del *Emmo. Sr. Cardenal Spínola*, Arzobispo que fué de Sevilla y adornado con un grabado.—

Un tomo en 8.º.—En rústica... ... Ptas. 2.—
En tela inglesa, plancha en colores... » 3.—

LA NOVELA DE UN JESUÍTA, por **G. de Beugny d' Agerue**, versión de D. MANUEL G.ª BARZANALLANA Y SULIGUÉ.—Magnífico tomo en 8.º mayor.

En rústica, cubierta en colores . ... Ptas. 2,50
Encuadernado en tela inglesa, plancha en colores. ... ... » 3'50

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS, por **Fray Bonhours**, traducción y adiciones del R. P. JULIÁN RODRIGO, director del Colegio de PP. Agustinos de Ronda (Málaga).—Un tomo en 8.º, de cerca 300 páginas.

En rústica . ... Ptas. 1'50
En tela inglesa . ... » 2.—

SEMBLANZAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX, por **Alfredo Opisso.**

En rústica, cubierta de papel lanilla, con dibujo alegórico y rótulos á tres tintas . ... Ptas. 3.—
Ricamente encuadernado en tela. ... » 4.—

ESTÉTICA Y CRÍTICA MUSICAL, por **Fray Eustaquio de Uriarte**, Agustino del Real Monasterio del Escorial. Con la biografía del autor, por el P. FR. LUIS VILLALBA, de la misma Orden.—Un voluminoso tomo en 4.º

En rústica . ... Ptas. 5'50
En tela inglesa, cubierta en color y oro » 7.—





